

—Voy á hacer una tentativa.

—En ese caso, rogaré á Dios, y pensaré en tí hasta entónces para que la consigas. No te pregunto más porque no lo quieres. Eres mi dueño. Pasaré la noche mañana cantando el coro de *Euryanto*, que tanto te gusta, y que viniste á oír una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana, ¿vendrás temprano? Te esperaré esa noche á las nueve en punto; te lo advierto. ¡Dios mío! ¡Qué triste es esto de que los días sean tan largos! ¿Lo oyes? Al dar las nueve estaré en el jardín.

—Y yo también.

Y sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por esas corrientes eléctricas que ponen á dos almas en comunicación continua, embriagados ambos de deleite hasta en su dolor, cayeron uno en brazos del otro, sin notar que sus labios estaban juntos, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando salió Mario, la calle estaba desierta. En aquel momento, Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Mientras que Mario meditaba con la cabeza apoyada en el árbol, se le había ocurrido una idea; una idea, ¡ah! que él mismo tenía por insensata é imposible. Había tomado un partido violento.

VII

DOS CORAZONES, UNO VIEJO Y OTRO JOVEN,
FRENTE Á FRENTE

El señor Gillenormand tenía entonces noventa y un años cumplidos. Seguía viviendo con la señorita Gillenormand en la calle de las Hijas del Calvario, número 6, en su propia y vieja casa. Era, como recordará el lector, uno de esos viejos rancios que esperan la muerte á pie firme, que cargan con los años sin doblegarse y que no se encorvan ni aún con los pesares.

Sin embargo, desde hacía algún tiempo su hija decía:—Mi padre va decayendo. Ya no abofeteaba á las criadas; ya no golpeaba con el bastón y con acompañamiento de voces la puerta de la escalera cuando Basco tardaba en abrirle. La revolución de julio apenas le había exasperado por espacio de seis meses. Había visto casi con tranquilidad en el *Monitor* esta reunión de palabras:—El señor Humblot-Conté, par de Francia. El hecho es que el viejo estaba abatido. No se doblegaba, no se rendía, porque esto era imposible, así en su naturaleza física como en la moral; pero se sentía desfallecer interiormente.

Hacía cuatro años que esperaba á Mario á pie firme, esta es la frase, con la convicción de que aquel pequeño picarón extraviado llamaría algún

día á la puerta; pero llegaba, en algunos momentos tristes, á decirse que por poco que Mario tardase en venir... Y no era la muerte lo que temía, sino la idea de que no vería más á su nieto. No volver á ver á Mario era un triste y nuevo temor que no se le había presentado nunca hasta ahora; esta idea, que empezaba á aparecer en su cerebro, le dejaba helado.

La ausencia, como sucede siempre en los sentimientos naturales y verdaderos, sólo había conseguido aumentar su cariño de abuelo hacia el hijo ingrato que se había marchado con tanta indiferencia. En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol. El señor Gillenormand era, ó se creía por lo menos incapaz, de dar un paso hacia su nieto.—Antes moriré,—decía. No encontraba en sus hechos ninguna culpa; pero sólo pensaba en Mario con profundo enternecimiento y con la muda desesperación de un viejo que anda en las tinieblas.

Principiaba á perder los dientes, lo que aumentaba su tristeza.

El señor Gillenormand, sin declarárselo á sí mismo, porque esta declaración le hubiera enfurecido y avergonzado, no había amado á ninguna querida tanto como á Mario.

Había mandado colocar en su cuarto, cerca de la cabecera de la cama, como la primera cosa que quisiera ver al despertar, un antiguo retrato de su otra hija, la que había muerto, la señora Pontmercy, retrato hecho cuando tenía diez y ocho años.

Contemplaba sin cesar este retrato, y un día dijo mirándole:

—Ahora encuentro que se le preace.

—¿A mi hermana?—dijo la señorita Gillenormand.—Sí, se parece.

El viejo añadió:

—Y á él también.

Otra vez, estando sentado con las rodillas juntas y los ojos casi cerrados, en una actitud de abatimiento, su hija se atrevió á decirle:

—Padre, ¿seguís tan enfadado con él?

Y se detuvo, no atreviéndose á ir más allá.

—¿Con quién?—preguntó.

—Con ese pobre Mario.

El señor Gillenormand levantó su vieja cabeza, puso su delgado y arrugado puño sobre la mesa, y gritó con el acento más vibrante y más irritado:

—¡Pobre Mario, decís! Ese señor es un pillo, un mal pícaro, un vanidoso ingrato, sin corazón, sin alma; un orgulloso, un malvado.

Y se volvió para que su hija no viese una lágrima que tenía en los ojos.

Tres días después rompió un silencio que duraba cuatro horas, para decir á su hija de repente:

—Había tenido el honor de rogar á la señorita Gillenormand que no me hablase nunca de él.

La tía Gillenormand renunció á toda tentativa, y formó este diagnóstico profundo:—Mi padre no ha querido nunca á mi hermana después de su calaverada. Es claro que detesta á Mario.

«Después de su calaverada» significaba después de haberse casado con el coronel.

Por lo demás, como puede haberse conocido, la señorita Gillenormand había visto defraudada su tentativa de sustituir su favorito, el oficial de lanceros, á Mario. El sustituto Teodulo no había cuajado; el señor Gillenormand no había aceptado el *quid pro quo*, porque el vacío del corazón no se acomoda á un alma cualquiera. Teodulo, por su parte, aunque deseando la herencia, repugnaba la servidumbre de agradar. El viejo fastidiaba al lancero y el lancero chocaba al viejo. El teniente Teodulo era alegre sin

duda, pero charlatán; frívolo, pero vulgar; buen vividor, pero de mala sociedad; tenía queridas, es verdad, y hablaba mucho de ellas, también es verdad, pero hablaba mal. Todas sus cualidades tenían un defecto.

El señor Gillenormand cometía un exceso oyéndole hablar contra los «buenos partidos» que vivían al rededor de su cuartel en la calle de Babilonia. Además, el teniente Gillenormand venía alguna vez de uniforme con la escarapela tricolor.

Todo esto le hacía imposible; y el señor Gillenormand había concluído por decir á su hija:—Ya estoy cansado de Teodulo. Me gustan poco los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú si quieres; no sé si preferir los acuchilladores á los que andan arrasando el sable. El crugido de las espadas en la batalla es menos miserable que el ruido que hace la vaina en el suelo. Además, gallardearse como un matasiete y apretarse el talle como una chiquilla, gastar corsé debajo de la coraza, es ser dos veces ridículo; el que es hombre verdaderamente, está á igual distancia de la fanfarronada y de la puerilidad. Ni Fierabrás ni tierno corazón. Guárdate tu Teodulo.

Su hija le contestó:—Sin embargo, es nieto vuestro.—Pero se descubrió que el señor Gillenormand, que era abuelo hasta la punta de los dedos, no era enteramente buen tío.

En realidad, como tenía ingenio y comparaba, Teodulo sólo había servido para hacerle sentir más la falta de Mario.

Una noche, la del 4 de junio, lo cual no impedía que el señor Gillenormand tuviera una buena lumbre en la chimenea, había despedido á su hija, que cosía en el cuarto próximo. Estaba solo en su cuarto de pinturas pastoriles, con los piés en los morillos, medio rodeado por su ancho biombo de coromandel de

nueve hojas, recostado en la mesa, sobre la cual había dos bujías con pantalla verde, sumergido en su sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leerle. Estaba vestido, según su moda, *de increíble*, y parecía un antiguo retrato de Garat.

Si hubiera salido con este traje á la calle, le hubieran seguido los muchachos; pero su hija, cuando salía, le cubría con una gran bata episcopal. En su casa, excepto para levantarse y acostarse, no usaban nunca bata.—*Eso le hace á uno parecer viejo*,—decía.

El señor Gillenormand pensaba en Mario amorosa y amargamente; y, como sucede ordinariamente, dominaba la amargura. Su ternura dolorida concluía por convertirse en indignación. Se encontraba en esa situación en que se trata de tomar un partido y en aceptar lo que mortifica. Estaba ya dispuesto á decirse que no había razón para que Mario volviese; que si hubiera debido volver lo habría hecho ya, y que, por consiguiente, era preciso renunciar á verle. Trataba de familiarizarse con la idea de que todo había concluído, y que moriría sin ver á «aquel caballero».

Pero toda su naturaleza se rebelaba; y su vieja paternidad no podía consentirlo.—¡Qué!—decía:—¡No vendrá! Y esta era su muletilla. Su cabeza calva había caído sobre su pecho, y fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea una mirada triste é irritada.

Cuando estaba en lo más profundo de esta tristeza, su antiguo criado Basco entró y preguntó:

—Señor, ¿podréis recibir al señor Mario?

El viejo se incorporó pálido y semejante á un cadáver que se levanta á consecuencia de una sacudida galvánica.

Toda su sangre había refluído á su corazón y murmuró:

—¿Qué señor Mario?

—No sé,—respondió Basco, intimado y desconcertado por el aspecto de su amo.—Nicolasita es la que acaba de decirme:—Ahí está un joven, que dice es el señor Mario.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja:

—Que entre.

Y permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y la vista fija en la puerta. Abrióse ésta y entró un joven: era Mario.

Mario se detuvo á la puerta como esperando que le dijese que entrase.

Su traje, casi miserable, apenas se veía en la obscuridad que producía la pantalla. Sólo se distinguía su rostro tranquilo y grave, pero extrañamente triste.

El señor Gillenormand, como sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos sin ver más que una claridad, como cuando se está delante de una aparición. Estaba próximo á desfallecer; veía á Mario como al través de un deslumbramiento. Era él; era Mario.

En fin, ¡después de cuatro años! Se apoderó de él, por decirlo así, de repente, con un solo golpe de vista. Le encontró hermoso, noble, distinguido, hombre hecho, en actitud conveniente, con aire simpático. Tuvo deseo de abrir los brazos, de llamarle, de precipitarse; oprimióse su corazón de alegría; le ahogaban y se desbordaban de su pecho palabras afectuosas. Toda esta ternura se abrió paso y llegó á sus labios, y por el contraste que constituía su naturaleza, salió de ellos la dureza y dijo bruscamente:

—¿Qué venís á hacer aquí?

Mario respondió con embarazo:

—Señor...

El señor Gillenormand hubiera querido que Ma-

rio se arrojase en sus brazos, y quedó descontento de Mario y de sí mismo. Conoció que había sido brusco, y que Mario estaba frío; y era para él una insostenible é irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en lo interior, y ser tan duro exteriormente. Volvió á su amargura, é interrumpió á Mario con aspereza:

—Pero entonces, ¿á qué venís?

Este entonces significaba: *Si no venís á abrazarme, ¿á qué venís?*

Mario miró á su abuelo, que con su palidez parecía un busto de mármol.

—Señor...

El viejo dijo con voz severa:

—¿Venís á pedirme perdón? ¿Habéis reconocido vuestra falta?

Creía con esto poner á Mario en camino para que el «niño» le pidiese perdón. Mario tembló; le exigía que se opusiese á su padre; bajó los ojos, y respondió:

—No, señor.

—Y entonces,—exclamó impetuosamente el viejo con un dolor agudo y lleno de cólera,—¿qué me queréis?

Mario juntó las manos, dió un paso, y dijo con voz débil y temblorosa:

—Señor, tened compasión de mí.

Estas palabras conmovieron al señor Gillenormand; un momento antes le hubieran enternecido, pero ya era tarde. El abuelo se levantó y apoyó las dos manos en el bastón; tenía los labios pálidos, la cabeza vacilante; pero su alta estatura dominaba á Mario, que estaba inclinado.

—¡Compasión de vos!, señorito. ¡Un adolescente que pide compasión á un anciano de noventa y un años! Vos entráis en la vida y yo salgo de ella; vos vais al teatro, á los bailes, al café, al billar; tenéis

talento, agradáis á las mujeres, sois un buen mozo, y yo escupo en medio del verano en la lumbre; sois rico con las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobrezas de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Tenéis treinta y dos dientes, un buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros, y yo no tengo ni aún cabellos blancos. He perdido los dientes y voy perdiendo las piernas y la memoria; hay tres calles cuyos nombres confundo siempre, la calle Charlot, la calle de Chaume y la calle de Saint-Claude: así me veo. Vos tenéis delante un porvenir lleno de luz, yo empiezo á no ver ni gota, tanto voy avanzando en la noche; vos estáis enamorado, eso no hay que decirlo; ¡á mí no me ama nadie en el mundo! ¡Y venís á pedirme compasión! Caramba, Molière ha olvidado esta escena. Si es así como litigáis en el tribunal los abogados, os felicito cordialmente. Sois unos pícaros.

Y el octogenario añadió con voz airada y grave:

—Pero vamos, ¿qué es lo que me queréis?

—Señor,—dijo Mario,—sé que mi presencia os enoja; pero vengo solamente á pedir una cosa; después me iré en seguida.

—¡Sois un necio!—dijo el anciano.—¿Quién os dice que os vayáis?

Estas palabras eran la traducción de este tierno pensamiento que tenía en el corazón:—*¡Pero pídemelo perdón! ¡Ven á mis brazos!* El señor Gillenormand conocía que Mario iba á abandonarle dentro de algunos instantes, que su mal recibimiento le entibiaba, que su dureza le rechazaba; se decía todo esto, y se aumentaba su dolor; pero como esto se cambiaba en cólera, iba aumentándose su cólera.

Hubiera querido que Mario le comprendiese, y Mario no le comprendía, lo que le ponía furioso, y continuó:

—¡Cómo! ¿Me habéis faltado, á mí, á vuestro abuelo; habéis abandonado mi casa para irnos no sé dónde; habéis angustiado á vuestra pobre tía; habéis querido, porque eso se adivina, y es más cómodo, llevar la vida de joven, hacer el currutaco, volver á casa á cualquier hora, divertirnos; no habéis dado señal de vida; habéis contraído deudas sin decirme que las pague; habréis roto vidrios, y os habréis hecho camorrista, y al cabo de cuatro años venís á mi casa y no tenéis que decirme más que eso?

Este modo violento de empujar al joven hacia la ternura, sólo produjo el silencio de Mario. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que era en él particularmente imperioso, y apostrofó á Mario amargamente:

—Concluyamos. ¿Venís á pedirme algo? Decidlo. ¿Qué queréis? ¿Qué es? Hablad.

—Señor,—dijo Mario con la mirada de un hombre que conoce que va á caer en un precipicio;—vengo á pedir permiso para casarme.

El señor Gillenormand tocó la campanilla, y Basco abrió la puerta.

—Decid á mi hija que venga.

Un segundo después se abrió la puerta, y la señorita Gillenormand no entró, pero se dejó ver. Mario estaba de pie, mudo, con los brazos caídos, con el aspecto de un culpable.

El señor Gillenormand iba y venía en todas direcciones por el cuarto. Se volvió hacia su hija y le dijo:

—Nada: es el señor Mario; dadle los buenos días; el señorito se quiere casar. Eso es todo. Idos.

La voz breve y ronca del viejo anunciaba una gran plenitud de ira. La tía miró á Mario con aire extrañado; apenas aparentó conocerle; no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, y desapareció ante la voz

de su padre, más pronto que una paja ante el huracán.

Mientras tanto, el señor Gillenormand se había recostado en la chimenea.

—¡Casaros! ¡A los veintiún años! ¡Lo habéis arreglado así! ¡No tenéis que hacer más que pedirme permiso! Una formalidad. Sentáos, caballero. Habéis pasado por una revolución desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido en vos los jacobinos. Debéis estar muy contento. ¿No sois republicano desde que sois barón? ¿Podéis conciliar eso? La república es una salsa de la baronía. ¿Tenéis acaso la condecoración de julio? ¿Habéis tenido alguna parte en la toma del Louvre? Hay aquí cerca, en la calle de San Antonio, en frente de la calle de Nonandières, una bala incrustada en la pared, en el tercer piso de una casa, con esta inscripción: 28 de julio de 1830. Id á verlo: produce buen efecto. ¡Ah! ¡Vuestros amigos hacen cosas muy lindas! Y á propósito: ¿no van á hacer una fuente en lugar del monumento del duque de Berry? ¿Conque queréis casaros? ¿Con quién? ¿Puedo preguntar, sin ser indiscreto, con quién?

Y se detuvo; pero antes de que Mario tuviese tiempo de responder, añadió con violencia:

—¡Ah! ¿Tendréis una posición? ¿Una fortuna hecha? ¿Cuánto ganáis en vuestro oficio de abogado?

—Nada,—dijo Mario con una especie de firmeza y de resolución casi feroz.

—¿Nada? ¿No tenéis para vivir más que las mil doscientas libras que os envió?

Mario no respondió. El señor Gillenormand continuó:

—Entonces ya comprendo. ¿Es rica la joven?

—Como yo.

—¡Qué! ¿No tiene dote?

—No.

—¿Y esperanzas?

—Creo que no.

—¡Enteramente desnuda! ¿Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Y cómo se llama?

—La señorita Fauchelevant.

—¿Fauche qué?

—Fauchelevant.

—Pst,—dijo el viejo.

—¡Señor!—exclamó Mario.

El señor Gillenormand le interrumpió con el tono de un hombre que se habla á sí mismo:

—Eso es, veintiún años, sin posición, mil doscientas libras al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá á comprar dos cuartos de peregil á la plaza.

—¡Señor!—dijo Mario con la angustia de la última esperanza que se desvanece;—os suplico en nombre del cielo, con las manos juntas, me pongo á vuestros piés: ¡permitidme que me case!

El viejo dió una carcajada estridente y lúgubre, al través de la cual tosía y hablaba:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Os habéis dicho: ¡Pardiez! ¡Voy á buscar á ese viejo pelucón, á ese absurdo bodoque! ¡Qué lástima que no tenga yo veinticinco años! ¡Cómo le pasaría una respetuosa papeleta! ¡Cómo me gobernaría sin él! Pero es lo mismo, le diré:—Viejo gallina, eres muy dichoso en verme; tengo ganas de casarme, quiero casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo no tengo zapatos, y ella no tiene camisa; pero quiero echar á un lado mi carrera, mi porvenir, mi juventud, mi vida; deseo hacer una excursión por la miseria, con una mujer al cuello; este es mi pensamiento; ¡y es preciso que consientas! Y el viejo fósil consentirá en ello. Anda, hijo mío, como tú quieras, átate, cástate con tu Pousselevant, con tu Coupelevant. ¡Nunca, caballero, nunca!

—Padre mío...

—Nunca.

Mario perdió toda esperanza al oír el acento con que fué pronunciado este «nunca».

Atravesó el cuarto lentamente con la cabeza inclinada, temblando, y más semejante al que se muere que al que se va.

El señor Gillenormand le siguió con la vista, y en el momento en que se cerraba la puerta, y en que Mario iba á desaparecer, dió cuatro pasos con esa viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió á Mario por el cuello, le volvió á la habitación, le arrojó en un sillón y le dijo:

—¡Cuéntame eso!

Sólo estas palabras, *padre mío*, que se habían escapado á Mario, habían causado esta revolución.

Mario le miró asustado. El móvil semblante del señor Gillenormand no esperaba más que una ruda é inefable buena fe. El abuelo se había convertido en el padre.

—Vamos á ver, habla; cuéntame tus amores; dímelo en secreto; dímelo todo. ¡Caramba! ¡Qué tontos son los jóvenes!

—¡Padre mío!—volvió á decir Mario.

Todo el rostro del anciano se iluminó con un indecible resplandor.

—Sí, eso es; ¡llámame padre y verás!

Había en estas frases algo tan bueno, tan dulce, tan franco, tan paternal, que Mario pasó repentinamente de la desanimación á la esperanza, y quedó como aturdido y confuso. Estaba sentado cerca de la mesa; la luz de las bujías hacía visible la miseria de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Y bien, padre mío...—dijo Mario.

—¡Ah!—dijo el señor Gillenormand.—No tienes ni un ochavo. Estás vestido como un ladrón.

Y abriendo un cajón, sacó una bolsa que puso sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes cien luises; cómprate un sombrero.

—Padre mío,—continuó Mario,—mi buen padre. ¡Si supiéseis! La amo. No podéis figuraros. La primera vez que la ví fué en el Luxemburgo, á donde ella iba á pasear: al principio no fijé la atención; pero después, yo no sé cómo me he enamorado. ¡Oh! ¡Qué desgraciado me ha hecho esto! Pero, en fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á partir; nos vemos en el jardín por la noche; su padre quiere irse á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Me volveré loco, me moriré, caeré enfermo, me arrojaré al agua. Es preciso que me case, porque si no me volveré loco. Esta es la verdad; creo que no he olvidado nada. Vive en un jardín en que hay una verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

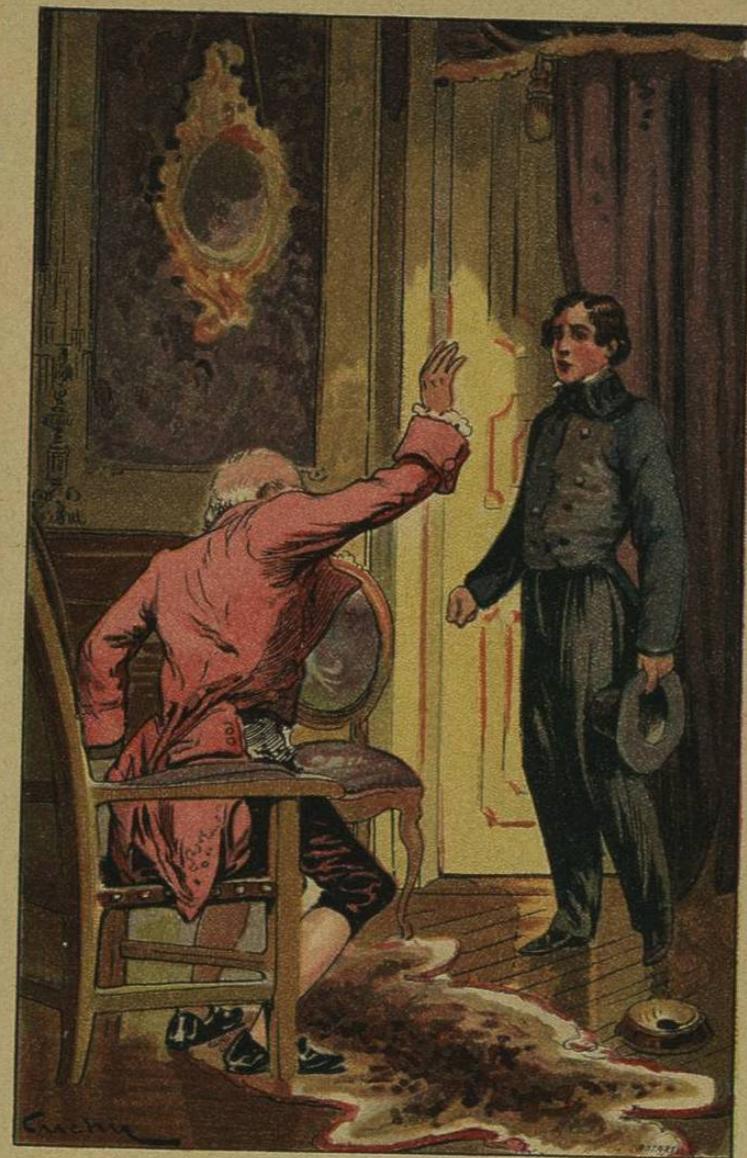
El señor Gillenormand se había sentado alegremente al lado de Mario. Al mismo tiempo que le escuchaba y saboreaba el sonido de su voz, saboreaba también un polvo de tabaco. Al oír «calle Plumet» detuvo la aspiración, y dejó caer el tabaco sobre sus rodillas.

—¡Calle Plumet! ¡Calle Plumet! dices.—Veamos. —¿No hay por allí un cuartel?—Sí, eso es. Tu primo Teodulo me ha hablado ya: el lancero, el oficial. —Una jovencita, mi buen amigo una jovencita.— ¡Vaya, sí, calle Plumet! La que se llamaba antes calle Blomet. Ahora me acuerdo: he oído hablar de esa verja de la calle Plumet: en un jardín; una Pamela: no tienes mal gusto; es muy aseadita. Aquí, entre nosotros, yo creo que ese tonto de lancero le

ha hecho la corte; no sé hasta dónde habrá llegado; pero, en fin, eso no es nada; además de que no hay que creerle, porque es vanidoso. Mario, me parece muy bien que un joven como tú esté enamorado, porque eso es propio de tu edad, y mejor quiero que seas enamorado que jacobino; mejor quiero verte enamorado de unas faldas ¡caramba! de veinte faldas, que del señor Robespierre. En cuanto á mí, en materia de *sans-culottes*, no me gustan más que las mujeres. Las muchachas bonitas son las muchachas bonitas ¡qué diablo! y á esto no puede hacerse objeción ninguna. ¡Conque la niña te recibe á escondidas del papá! Eso está muy puesto en el orden. A mí me han pasado historias de ese género, y más de una. ¿Y sabes lo que se hace? No se toma la cosa con ferocidad; no se precipita uno en lo trágico; no se concluye por un casamiento, y por ir á casa del alcalde á verle con su faja; es preciso ser un muchacho de genio; es preciso tener sentido común. Tropezad, mortales, pero no os caséis. Cuando llega un caso como este, se busca al abuelo, que es un buen hombre en el fondo, y que tiene siempre algunos cartuchos de luisas en un cajón, y se le dice: abuelo, esto me pasa. Y el abuelo dice: es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta y que la vejez se arrugue. Yo he sido joven y tú serás viejo. Anda, hijo mío, que ya dirás esto mismo á tus nietos. Aquí tienes doscientas pistolas. Diviértete. ¡Caramba! ¡Nada mejor! Así debe llevarse este negocio. No se casa uno; pero ¿eso qué impide?... ¿Me comprendes?

Mario, petrificado y sin poder pronunciar una palabra, hizo con la cabeza un movimiento negativo.

El buen viejo se echó á reír, guiñó el ojo, le dió un golpecito en la rodilla, le miró entre ambos ojos con aire misterioso, y le dijo alzando amistosamente los hombros:



... hoy habéis insultado á mi mujer.

—¡Tonto! ¡Tómala por querida!

Mario se puso pálido. No había comprendido nada de todo lo que acababa de decir su abuelo. Aquella confusión de calle Blomet, de Pamela, de cuartel, de lancero, había pasado por delante de Mario como una cosa fantasmagórica. Nada de aquello podía referirse á Cosette, que era una azucena. El viejo divagaba sin duda; pero todo había concluído en una palabra que Mario había comprendido, y que era una injuria mortal á Cosette. La frase: *tómala por querida*, había entrado en su corazón como una espada.

Se levantó, cogió el sombrero que estaba en el suelo, y se dirigió hacia la puerta con paso firme y seguro. Allí se volvió, se inclinó profundamente ante su abuelo, levantó después la cabeza y dijo:

—Hace cinco años insultásteis á mi padre; hoy habéis insultado á mi mujer. No os pido nada. Adiós.

El señor Gillenormand, estupefacto, abrió la boca, extendió los brazos y trató de levantarse; pero antes de que hubiera podido pronunciar una palabra, se había cerrado la puerta y Mario había desaparecido.

El anciano permaneció algunos momentos inmóvil, como si hubiera caído un rayo á sus piés, sin poder hablar ni respirar, como si una mano vigorosa le apretase la garganta.

Por fin se levantó del sillón, corrió hacia la puerta con toda la velocidad con que se puede correr á los noventa y un años, la abrió y gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Acudió su hija y luego las criadas, y les dijo con angustioso aliento:

—¡Corre detrás de él! ¡Cógele! ¿Qué le he hecho yo? ¡Está loco! ¡Se va! ¡Ay, Dios mío! ¡Ahora ya no volverá!

Se dirigió á la ventana que daba á la calle, la abrió con sus viejas manos arrugadas, se inclinó sacando medio cuerpo fuera, mientras que Basco y Nicolasita le tenían por detrás, y gritó:

—¡Mario! ¡Mario! ¡Mario! ¡Mario!

Pero Mario ya no podía oírle, porque en aquel momento volvía la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con expresión de angustia, retrocedió temblando, y se recostó en un sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, meneando la cabeza y agitando los labios con aire estúpido, sin tener en los ojos y el corazón más que una cosa triste y profunda como la noche.

LIBRO NOVENO

¿Á DÓNDE VAN?